

Cuando conocí a Merche ella ya era huérfana. Creo que mi madre me llevó al pasaje Aladino por vez primera cuando yo contaba pocos meses. No obstante, mis recuerdos nacen a partir de los seis o siete años de edad. En aquel entonces las cosas eran muy distintas. Vivíamos bajo una dictadura, y el despotismo del dictador se proyectaba tanto en la mentalidad general como en las relaciones familiares. El entorno era mezquino y maniqueo. Europa estaba en guerra y España, no; sin embargo, la memoria de la guerra civil mantenía a la gente acobardada, sobre todo a quienes residían en la zona de los vencidos.

Nosotros vivíamos en Villa Ernestina, nombre pomposo para una casa tan pequeña y que a mí, además, me parecía miserable. Pero ahora comprendo que se podía considerar un palacio comparada con la de Merche.

Mi madre, con su andar menudo, me conducía de la mano cansinamente. Habíamos tomado el autobús hasta Barcelona, y luego atravesábamos más y más calles, anchas, rectas, sin color, yo a remolque del tenso brazo materno. Llegábamos a una avenida amplia, con muchas farolas que en los tempranos crepúsculos otoñales resplandecían ya a media tarde.

Los ojos me asomaban sobre el nivel de la bufanda soportando el escozor de la lana en las pestañas. Con ellos abiertos, ignorantes, ávidos e insatisfechos, aprehendía todo el lujo de los zaguanes deslumbrantes, de las puertas barrocas de hierro forjado, de los caprichosos dibujos de los balcones.

Me estremecía de ansiedad en aquel barrio de privilegiados, me herían sus luces, el brillo de sus cristales, la sombra de las cortinas blancas. Y es que lo mismo me sentía agredida por la riqueza que por la pobreza. Me sabía apartada de aquélla a pesar de adorarla temerosamente, y bordeaba las aristas de la miseria con un incierto equilibrio. Bastaba dar un paso más y se penetraba en ella, ya que el pasaje Aladino, largo y sórdido, estaba detrás de aquel refulgir de farolas y escaparates, justo al volver la esquina .

La tierra era dura como el asfalto, amasada con piedras y ladrillos que se repartían en irregulares promontorios causantes de que los niños con frecuencia tropezaran en sus correrías. También los adultos los acusaban bajo las gastadas suelas de sus zapatos, mientras que los ancianos caminaban por este motivo más tambaleantes y asustados. Cuando llovía, el callejón se llenaba de charcos enormes que a veces perduraban todo el invierno. No obstante, en tiempo de sequía ni los chicuelos lograban levantar una mota de polvo en su ajeteo desenfrenado.

A un lado, de extremo a extremo, se alzaba el muro de una industria, desconchado y pintarrajeado con mil palabrotas, todas indecentes, pero ninguna de protesta. Esta tapia mantenía la fábrica aislada del pasaje Aladino y de sus gentes como si se hallara a varios kilómetros de distancia. La mayoría de los vecinos ignoraba lo que se producía en ella.

Enfrente, las casas de planta baja se alineaban achaparradas bajo el sol o bajo la lluvia, una tras otra, resignadamente. Las mujeres salían cada mañana a barrer y luego chapoteaban con un cubo de agua para eliminar el polvillo momentáneo levantado a fuerza de restregones. Ni un árbol rompía la monotonía marrón de la calleja. El suelo, las paredes, las puertas y ventanas, todo mostraba el color de la tierra.

A mí la penuria me encogía el corazón. Sin embargo, Merche parecía sentirse muy feliz allí. Al llegar la encontrábamos habitualmente en la calle, jugando con otros chicos y chicas.

En ocasiones se agrupaban todos en el simulacro de acera para jugar sus partidos de fútbol con botones. Escogían el lugar más liso en tanto agitaban en sus bolsillos las pequeñas cajas de cartón que contenían los botones de distintos colores, siempre de base plana, sobre los que habían pegado la fotografía de sus ases predilectos. Cuando los liberaban de su encierro, el equipo de camisetas blanquiazules se batía contra los azulgrana a pequeños saltos, con un clic-clic certero que los mandaba de una punta a otra, persiguiendo un gol que no se lograba de un puntapié, sino con la presión de otro botón. Clic, clic, clic. Los empujaban, los mezclaban, los hacían chocar, como los jugadores de verdad. Los chiquillos aplaudían, chillaban, se peleaban, se insultaban, como en los partidos de verdad.

Yo no solía quedarme con ellos. Entraba en casa de mi abuela Carmen con un suspiro de resignación, procurando acostumbrar mis ojos a la penumbra que me acogía. La lámpara de carburo no alumbraba bien, y en consecuencia se me antojaba que todo estaba sucio: la mesa, las sillas, la cocina con sus fogones de piedra, los papeles a cuadros rojos y blancos ribeteando los estantes de la alacena, el piso de ladrillos rojos, el candil colgando previsor en la pared...

También es cierto que mi abuela Carmen olía siempre a lejía, y esto me tranquilizaba al tomarlo como una

garantía de higiene. Me sentaba en sus rodillas para llenarme la cara de besos. Aunque a duras penas lo conseguía, con sus labios sólo entrevistados, hundidos como las mejillas por la ausencia de dentadura. Las manos sarmentosas, y todo su cuerpo, eran puro hueso. Morena, a la vez marchita y fuerte, su imagen persiste intacta en mi memoria, tridimensional, aunque la conocí por poco tiempo y no la quise mucho. Ha sido a través de los años que esta visión se ha aureolado de ternura; pero por aquel entonces ni siquiera experimentaba celos de Merche, a quien, según mi criterio, debía de querer más puesto que vivía con ella.

A veces mi prima se dignaba entrar un momento para jugar conmigo, o insistía en que saliera a la calle con los demás. Yo casi nunca aceptaba, y si lo hacía me quedaba de plantón como una boba. No atinaba a jugar con aquellos chicos flacos, de piernas sucias y pantalones remendados, que me observaban entre admirados e irónicos. Me sentía descentrada allí, como me habría sentido entre los vecinos de aquellas casas lujosas de la cercana avenida. Merche me decía:

Tú eres boba.

Y comenzaban todos a jugar a la "peste", o a pelota, armando un revuelo de piernas y faldas, estrellando el balón contra puertas y ventanas, haciendo el sordo a los regaños de sus madres, sudando, riendo. O se sentaban en corro junto a un portal para contar chistes verdes, para explicar cosas de la vida, para tocarse unos a otras subrepticamente. Entonces yo regresaba adentro, a escuchar lo que la abuela Carmen comadrea sobre las familias pudientes para quienes iba a hacer faenas.

Pero no tardaba en distraerme, y los ojos y el pensamiento se me prendían en la llama azul del carburo que emergía silbante del pote de hojalata, temblona y furiosa al mismo tiempo, amenazadora. Su olor penetrante me saturaba obsesivamente, y el verde azulado, el fulgor deslumbrante, me dañaba la vista sin que fuera capaz de apartarla.

Cuando hablaban de Merche volvía a prestar atención. Aseguraban que era muy aplicada en el colegio y se lamentaban de que, por razones económicas, no podría seguir estudiando al cumplir los catorce años. Entonces la abuela Carmen le enseñaba a mi madre un pequeño cuaderno que contenía las calificaciones que ella no sabía leer.

Mi madre siempre les llevaba algo. Queso, chocolate, galletas. O ropa usada. O jabón.

Lo que nunca faltaba en aquella casa eran las naranjas. En un centro de vidrio rosáceo, sobre la tosca mesa, se amontonaba la pirámide amarillenta.

Una mañana me acerqué con mi madre hasta el mercadillo adyacente, en la otra desembocadura del pasaje. En los tenderetes, bajo los toldos descoloridos por el sol, los vendedores de fruta y verdura vociferaban precios y mercancías. Merche, subida a la tarima, culebreaba menuda a la sombra del dueño. Parecía imposible que sus esmirriados brazos tuviesen fuerza suficiente para manejar kilo tras kilo. Pesaba, sostenía, alargaba, transportaba, metía, sacaba, cobraba, cambiaba y hasta cantaba mientras comía unos gajos prietos y henchidos de zumo.

- Toma, ¿quieres una? - me ofreció de improviso.

Me la lanzó sin más. Yo cerré los ojos, extendí una mano y la dejé caer.

- ¡Qué boba!

La recogí del suelo, avergonzada por mi torpeza, y comencé a darle vueltas.

- Trae, yo te la mondo.

Tenía unos dedos puntiagudos, fuertes y nerviosos. Clavó la uña en la gruesa piel y la rasgó. Cuando la cáscara se unió al montón de escombros sólo quedaba una bolita jugosa. Merche no dejó de mostrarse perpleja durante breves instantes. Luego se encogió de hombros.

- Toma. Si quieres otra, cógela, que al señor Dámaso no le importa. ¿Verdad que no, jefe?

Comí la naranja sin apenas disfrutar de su sabor, tan fascinada estaba por la actividad que desplegaba mi prima. Me parecía maravilloso pesar fruta de verdad, en balanzas auténticas, y encima cobrar por divertirse tanto.

- Gana poco, porque sólo va a la salida del colegio - decía la abuela Carmen-, pero eso sí, siempre tenemos fruta en casa.

Mi madre se reía contemplando su tejemaneje, y entonces sí que sentía yo celos de Merche.

De mi prima también envidiaba su desparpajo, y la libertad de que gozaba, y el hecho de que nunca se quejase del frío y se la notara siempre tan contenta. Sólo de una cosa no me cabía duda: de ser más guapa que ella.

Pero el que los chicos de su calle me miraran durante un ratito como encantados, no sabía si el vestido, el cabello o la cara, no me compensaba en absoluto de la perenne insatisfacción de mí misma.

Por otra parte, me negaba a admitir que Merche fuera más lista que yo, que a mis siete años ya multiplicaba y dividía. Por esto me fastidiaba que la ensalzaran tanto, y estaba deseando que anocheciera para volvernos a casa, para abandonar aquel tenebroso comedor-cocina, aquellas sillas viejas de madera sucia y arañada, aquel olor sofocante a cebolla, a carburo y a lejía, aquella boca pegajosa de la abuela Carmen que lo mismo me perseguía la frente que las mejillas, los brazos, las manos. Detestaba los cuatro pelos duros y agresivos que tenía en el labio superior, vestigio y consecuencia de un pasado inimaginable en el que la abuela Carmen estaba interesada en depilarse.

Por eso cuando regresaba a Villa Ernestina me sentía a gusto, aunque sólo momentáneamente. En invierno, mi otra abuela encendía unos leños en la chimenea. Y entonces, acurrucada junto al fuego, revivía a través de sus rojas lenguas todos los acontecimientos del día, y de otros días, y todo lo que me rodeaba. Y, de modo inexorable, me parecía deprimente. La ciudad lindante, con sus tentáculos de luz extendiéndose más y más hacia nuestro pueblo cual promesa inalcanzable de lujo y emociones; con su callejón oscuro del reverso, poblado de chicos y chicas magros y felices, de mujeres ajadas, de gatos aviesos y ladrones. Y también lo más cercano, lo que palpitaba junto a mí me desazonaba el corazón y lo enfriaba a despecho del calor físico que me abrazaba las piernas y los carrillos, que me enfurecía los sabañones. Mi madre, tímida y sumisa, cosiendo mis vestidos, desparramando hilachos en el mosaico, exteriorizando un conato de impaciencia cuando se le embrollaba la costura.

La abuela - sin nombre distintivo, la que en verdad contaba para mí- cocinando, comprando, gobernando. Empalagándome con su hablar meloso, pero sin admitirme réplicas, ni caprichos, ni extravagancias. Sin permitir que mi madre me diera un cachete. Sin dudar de lo que era bueno para mí. Sin adivinar jamás lo que me hubiera hecho feliz. Tan sólo la chimenea era hermosa. De purísimo mármol blanco esculpido, ancha, majestuosa, la única riqueza de la casa. Y los leños chisporroteaban alegremente, resbalando uno sobre otro al consumirse entre las vivaces llamas perversas que acababan con ellos. Enrojecían abrasadores, se contraían, cambiaban y el fuego manaba siempre monótonamente distinto. Solía coger un palo largo y delgado y lo aproximaba al rojo vivo hasta que prendía una llama leve, pequeña. Entonces, como una antorcha, lo paseaba por las esquinas en sombra del hogar, iluminando los ladrillos refractarios ennegrecidos, la ceniza muerta, gris y fría.

- ¿Qué haces, reina? ¿Buscas un tesoro? - preguntaba la abuela con mimo.

Sentada cerca de mí, cortaba judías tiernas para la cena. Con el filo del cuchillo tiraba de un hilo larguísimo, sutil, verde, transparente.

¿Qué tesoro buscaba yo? ¿El tesoro que me embelleciera de golpe la vida? ¿Algo que arrancara de mí el perenne descontento y el velo de inútil mezquindad con que mi mirada todo lo cubría, algo que diera sentido a mi alegría o a mi tristeza?

Con frecuencia, los adultos no perciben, o no adivinan, o no pueden penetrar en la tristeza de la infancia. En esa infinita melancolía, inexplicable, disimulada, que me invadía a mí a los siete años.

En todo caso, no fue la llama leve y pequeña la que me proporcionó aquel tesoro que supuestamente perseguía. Sino que un día, de improviso y desde el exterior, un destello radiante atravesó mi mundo fofo y aburrido. Provino de un chico vestido de blanco de pies a cabeza.

Era verano, y yo andaba trasteando por lo que dábamos en llamar jardín y en el que sólo proliferaban las flores más vulgares entre pertinaces hierbas. Llené un cubo de agua hasta el borde, cerré el grifo y la fui derramando hasta que llegué a la calle. De pie junto a los canales y puentes de barro que había estado construyendo se encontraba él, las manos tras la espalda y los zapatos incólumes a la orilla del lodo.

Me quedé observándole, admirada de su pulcritud, al tiempo que volcaba el cubo a fin de engrosar el caudal de los embalses. El agua cayó directa sobre la tierra, originando que unas simétricas salpicaduras adornaran al instante el jersey y los pantalones del desconocido.

El chiquillo exhaló un "¡oh!" conciso, enrojeciendo por la sorpresa. Me agaché rápida, avergonzada, y comencé a taponar con furia los boquetes que se habían abierto en la construcción. Un enorme peso en los párpados me impedía levantar la mirada ni una sola vez. De pronto le vi de cuclillas frente a mí, metidas las manos en el barro y despreocupado de su vestimenta.

- Si quieres trae más agua -propuso.

Tomé el cubo y regresé con él lleno a rebosar. Pero en esta ocasión lo vertí con cuidado, a ras del suelo. De nuevo comenzamos a trabajar con entusiasmo contra los desbordamientos, corriendo de un lado a otro hacia el punto más frágil. Así nos entretuvimos un buen rato, casi sin hablar, edificando nuevos puentes, mirándonos de cuando en cuando a los ojos. Hasta que de súbito se presentó una mujer y con grandes aspavientos se llevó a David.

Primero le introdujo las manos sucias en el agua que yo transportaba en aquel preciso momento. Luego, después de examinarle el traje, le propinó un cachete y le arrastró por un brazo, haciendo caso omiso de las protestas del chico.

Les perseguí con la mirada hasta descubrir adonde iban, y así supe que vivían en el extremo superior de la calle y que eran los nuevos vecinos.

A solas otra vez, quise continuar con el juego, pero ya se me antojó aburrido. Abandoné cubo y pala, me lavé y me senté en el bordillo de la acera a contemplar cómo el agua era engullida poco a poco por la tierra.

A la mañana siguiente, las patas de un caballo que se dirigía al río tirando de un carro cargado de cubas destrozaron la obra. A su regreso, la acabaron de aplastar. Luego salió la abuela con una pala y recogió los excrementos que el animal había desparramado. Con ellos abonaría el huerto.